

cho por Europa durante los últimos siglos? Contestó negativamente á estas preguntas, y se quedó tan satisfecho, cual si hubiera puesto una pica en Flandes. Al punto salieron á vindicar el honor de España briosos paladines, tales como Cavanilles, Serrano, Forner y el italiano Denina, y demostraron, de una manera incontrastable, la alta significación intelectual de la España antigua, dando un solemne mentís, á la faz de Europa, al desenfadado *sabio enciclopedista*. Pero ni por esas. Siempre que, directa ó incidentalmente, hablan de España los compatriotas de Mr. Masson, disparatan tan de lo lindo y tan enterados se muestran de lo que á España pertenece, como nosotros podemos estarlo de lo que pasa en el Congo ó en Cochinchina. No parece sino que los Pirineos, en vez de ser lazo de unión entre ambos pueblos, son, en concepto de los franceses, infranqueable barrera que separa á España del resto del mundo civilizado.

No así los alemanes. Ellos fueron quienes, primero que nadie, llamaron la atención del mundo sabio acerca los tesoros ocultos en nuestra literatura, y ellos han sido quienes, con infatigable laboriosidad y verdadero entusiasmo, han estudiado y aquilatado el valor de nuestros grandes autores. De plumas alemanes han salido los mejores trabajos publicados, de algunos años acá, acerca literatura y ciencia españolas. La primera historia literaria de España que se compuso, fué la que Bouterwek escribió en 1804, y que hasta 1829 no vertieron al español los Sres. Gomez de la Cortina y Hugalde: los hermanos Guillermo y Federico Schlegel, el uno en su *Curso de literatura dramática*, y en su *Historia de la literatura antigua y moderna* el otro, empezaron á entusiasmarse con nuestros autores dramáticos y especialmente con Calderón: el libro más admirable que sobre este gran dramático se ha escrito se debe á Leopoldo Schmidt, y de otro alemán, Schack, es la mejor *Historia de la literatura y arte dramático en España*, obra que empezó á traducir al castellano D. Eduardo de Mier, pero que, por falta de lectores, (dolor causa decirlo) no pasó del primer tomo. A otro extranjero (aunque no alemán) al norte americano Jorge Ticknor debemos la *Historia de la literatura española* más completa que hasta el presente se ha escrito, si bien el fanatismo del autor y su escaso conocimiento de la lengua deslucen su gran mérito, haciéndole incurrir en yerros é inexactitudes, que en su traducción han procurado corregir y enmendar por medio de luminosas notas, Don Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia. Y á más de estos autores, ¡cuánto no deben las letras españolas á los sabios alemanes Boehl de Faber, Hegel, Huber, Rosenkranz, Clarus, Diez Tieck,

Wolf, Keil, Ullesperger, Holfferich, Hoffman Holberg, Kleiber, Geibel, Cassel, Geiger, Storch Fastenrath etc. etc.!

Pero hora es ya de qué, dejando á un lado consideraciones generales y entusiasmos patrióticos, que no siempre nos es dable contener, dirijamos una mirada, siquiera sea superficial y rapidísima, á la ciencia española de los pasados siglos, para que una vez conocidas la existencia é importancia de aquellos que con su talento ilustraron la nación que les vió nacer, se deduzca, de un modo mas claro, la obligación en que está España de publicar sus libros, restaurar sus doctrinas y seguir sus enseñanzas.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

EN LA PLAYA

COMO al rugir el vendabal, las olas
Se agitan con estruendo,
Así en mi alma sin cesar se agitan
De un ayer los recuerdos.

Cesa la tempestad, la calma torna
Y el mar queda sereno;
¡Solo las tempestades de mi alma
No tienen nunca término!

CARLOS CANO.

IDEA GENERAL DE LA POESÍA

LA verdadera poesía se fija poco en palabras y mucho en ideas; sus galas no son por cierto la altisonancia, el retruécano, el estilo declamatorio, la pompa, la fatuidad; sus únicos adornos son el sentimiento, la idea, la sencillez, la verdad. Se engañan los que creen que la poesía habla un lenguaje convencional, extraño, propio solamente de dioses mitológicos ó de imaginaciones delirantes; la verdadera poesía habla un lenguaje profundamente humano; cuanto más sencilla é ingenua, más cumple su destino; no es ajena al arte, muy al contrario, es esencialmente artística, pero no ha de parecerlo. Aquí está la grandísima dificultad; arte de esconder por completo el arte; hacer que las flores de papel sean exactamente iguales en color, frescura y aroma á las flores naturales; es decir crear, tener el poder de la divinidad.

Por esto el genio encuentra en seguida notas propias para espresar sus concepciones y sus sentimientos, no ha de esforzarse un solo instante, está inspirado, es creador naturalmente. Y las obras del genio no nos parecen difíciles ni misteriosas; se presentan franca y espansivamente ante

nosotros, como la luz, y cualquiera dice: «Sí, esto es, esto es lo que yo pienso y lo que siento; pero ¿quién lo espresa? solamente el genio.» Cuando admiramos la obra del genio, no vemos ninguna dificultad, ningún artificio; las dificultades están completamente escondidas.

Cuanto más las obras artísticas se apartan de la perfección, aparecen menos sencillas y menos frescas; van siendo más pomposas, más eruditas, van pareciendo más difíciles. Ante las obras de una medianía nadie se conmueve, pero nadie exclama: «Qué fácil es esto»; al contrario, todo el mundo dice: «Cuánto se necesita saber para hacer esto! ¡cuántas dificultades encierra!»

La verdadera poesía interesa y no cansa; la inspiración que contiene, la conserva á despecho de las edades, como ciertas preciosas sustancias conservan los cadáveres, á despecho de la acción de la muerte. La verdadera poesía es una estrella fija, que brilla constantemente y por sí sola; la falsa poesía es la luz de una lámpara, que necesita aceite y que al fin se apaga. Tal vez la luz de la lámpara, por un momento irradiada, dé estensos chispazos, parezca más viva que la luz de la estrella fija; pero—lo repito—esto sucede por un momento; la lámpara se extingue, y la estrella fija queda con su resplandor tranquilo y dulce y perpetuamente bello. Esta es otra de las consideraciones que han de tener en cuenta los que se dejan alucinar por ciertas pomposas galas y no hacen caso del verdadero mérito. Asombrar por un momento no es muy difícil, como no le es difícil al mercader presentar adornos llenos de falsas joyas y de bruñido latón; lo difícil es dejar una estela eterna y muy serenamente bella. Las piedras falsas se oscurecen y se gastan y el latón se torna verde y negro.

Se escriben muchas poesías que hablan, pero no dicen; es preciso que digan mucho y hablen poco. No bastan odas académicas, no bastan largas elegías, idilios en que no hay ninguna regla echada en olvido; es preciso saber hacer poesías; no basta no tener defectos, es preciso encerrar bellezas.

¿Enumeraremos todos los obstáculos con que han de luchar los poetas para acercarse á la perfección? no es necesario; citemos solo el convencionalismo, móstruo de las siete cabezas, no derribado todavía. Combatámosle ardientemente, y cuando le hayamos destruido habremos dado un gran paso hácia el ideal, tal vez el más importante. Esas frases estudiadas, esos giros retóricos, esa música, no sirven más que para estorbo. Revelar el grito que brota de lo profundo de nuestro ser, dar espresión á los deseos, á la voz secreta de la naturaleza humana, es componer la gran música, la excelsa armonía, la eterna rima. Es preciso que

los poetas se convenzan de que la poesía es la sencillez, el sentimiento, la verdad sobre todo.

EL DOCTOR PÉSIMO.

EL HEREDERO DEL REY

UN rey muy bueno y muy amado por sus súbditos tenía tres hijos; era viejo y sentía demasiado el peso de la corona, que le obligaba á andar más encorvado de lo que le hubieran puesto los años por sí solos. Un día el Rey reunió á sus tres hijos y les dijo:

—«Se acerca la hora en que he de dejar la corona y el cetro á otro que lo lleve mejor que yo; pero ¿quien será mi sucesor? los tres son dignos de serlo, á los tres amo igualmente, y las leyes de este país no señalan á ninguno de los tres, sino que dejan al rey padre en libertad de elegir entre sus hijos. Me encuentro en continua vacilación; no sé á quien de vosotros elegir, y por otra parte, no puedo evadirme del cumplimiento de la ley. Si yo tuviese tres coronas daría una á cada uno de los tres, pero no hay más que una corona, y uno de vosotros ha de recibirla. Por lo tanto he determinado nombrar rey al que dentro de cinco años vuelva más sabio.»

Los tres hijos encontraron muy justa la resolución de su padre, y se dispusieron á partir. Por la mañana del siguiente día, cada uno de ellos, acompañado de pajes, salió del palacio, y marchó tomando distinta dirección.

¡Cuántos países visitaron! ¡á cuántos hombres conocieron! ¡cuánto estudiaron! En todas partes eran bien recibidos; los tres tenían superior inteligencia, corazón sano y apostura gallarda, y eran hijos de uno de los más poderosos reyes de la tierra. El buen rey, entre tanto, esperaba con ansia á sus hijos, y se asomaba á la ventana, para verles llegar. A veces nubes de polvo se levantaban en el horizonte y se acercaban al palacio. «¡Es el polvo que levanta los caballos en que vienen mis hijos!» exclamaba el noble anciano; pero después de pocos instantes, se convencía de que su alegría había sido ilusoria. Sus hijos no llegaban aún.

Y pasaron dos años, tres, cuatro, y un día ántes de pasar cinco, llegó al palacio uno de los hijos del rey. Ya podeis figuraros que hubo muchas fiestas é iluminaciones. Todos los pajes y caballeros rodeaban al recién-llegado, todos le molestaban á preguntas. El anciano padre le abrazó con efusión y le cubrió de lágrimas la cabeza. ¡Se adoraban tanto! ¡habían pasado tantos años sin verse!

El rey contemplaba con orgullo á su hijo, que